HECTOR PEDRO BLOMBERG

LOS PAJAROS QUE LLORAN

EDITORIAL TOR
Dirección, Administración y Talleres: RIO JANEIRO 760
Exposición y Ventas: C. PELLEGRINI 62
BUENOS AIRES

LOS PAJAROS QUE LLORAN

OBRAS DE HECTOR PEDRO BLOMBERG

"Las puertas de Babel", novelas.
"A la deriva", canciones de los puertos y de los mares.
"Pancha Garmendia", poema trágico.
"Bajo la Cruz del Sur", nuevas canciones.
"Los habitantes del horizonte", novelas.
"Canciones de Rusia y baladas de Ukrania".
"Los soñadores del bajo fondo", novelas.
"Los peregrinos de la espuma", novelas.
"Las islas de la inquietud", poesías.
"La otra pasión", novela.
"Pensamiento", lecturas escolares.
"El Sembrador", id. id. (segunda serie)
"Los pájaros que lloran", cuentos de gloria y de agonía.

EN PREPARACION

"El pastor de estrellas", últimas canciones.
"La mazorquera", novela histórica.
"Camila O'Gorman".
"El Surco", lecturas escolares, (tercera serie).
"Vida del Almirante Brown".

HECTOR PEDRO BLOMBERG

LOS PAJAROS QUE LLORAN

EDITORIAL TOR
Dirección, Administración y Talleres: RIO JANEIRO 760
Exposición y Ventas: C. PELLEGRINI 62
BUENOS AIRES

A Don Juan E. O'Leary

FRANCISCO SOLANO LOPEZ

Selvas alucinadas, llanuras de martirio
Donde gime el espectro del héroe guaraní,
La luna de los trópicos alumbra su delirio,
Y sangra en los sepulcros la flor del abatí.

Alma ardiente y perdida, ¡cuán rojas las estrellas
Refléjanse en las ondas del río de Tupá!
Aún graznan en las cruces sus lúgubres querellas
Los guaimingués dolientes... ¿Tu sombra, dónde está?

Los iribús graznaron sobre tu espada rota,
Pero un cantar de hierro sonó en tu corazón:
Fué la canción rugiente que, al alba, en la derrota,
El último sargento cantaba en Cerro León!

¡Cuántas veces, de nuevo, llegó en la primavera
De lo hondo de los bosques, cantando el mbiyuí!
Pero tus muertos duermen la eternidad entera,
¡Oh Lomas Valentinas, sol de Curupaity!

Duermen, y el gran suspiro profundo de la selva
Agita sus vivientes mortajas de amambay:
Cada esqueleto sueña con que tu sombra vuelva
En las lunas de sangre del triste Paraguay...


LOS PAJAROS QUE LLORAN

LOS HIJOS DE NAZARIA

Cuando los barcos de cabotaje hacían escala en Villa Franca, los hijos de Nazaria estaban de parabienes.

Allá iban, al encuentro de los marineros correntinos y porteños, a verlos comprar tabaco, chipá y guaripola, y a escuchar historias de los puertos del Paraná maravillosos, sorprendentes.

¡Los hijos de Nazaria!

Eran famosos en la comarca, en aquella asoleada ribera del Paraguay. Famosos por sus travesuras, y sobre todo por la singular variedad de sus tipos.

Bastián, el mayor, era un pelirrojo, de mirada enérgica, penetrante. Flaco y atlético, dominaba a todos por su fuerzas y su destreza.

Seguíale, sin gradación de colores étnicos, Bení, un negrito, risueño, de tipo casi africano.

Fina tez morena tenía el tercero, ojos verdosos y hermosos cabellos castaños: llamábanle "San Juan", pues parecía escapado de una estampa del Precursor Niño.

Venían luego, por orden de edad, Marandová, de rostro color tabaco seco, pómulos pronunciados y lacia cabellera renegrida; Agüí, un rubiecito de ojos azules y pálido semblante de anémico.

Nada más evidente que el frío desamor de Nazaria para aquella bandada de hijos. No los cuidaba, ni los maltrataba nunca. Dábales de comer, y les dejaba luego una libertad de pájaros silvestres.

Con este sistema, los muchachos prosperaban como plantas del monte. Pasábanse los días largos y calientes correteando al aire libre, haciendo víctimas de sus persecuciones a los yacarés amarillos del río, a los indefensos pájaros de la selva, a las alimañas viscosas del estero, a las que exterminaban en medio de suplicios espantosos.

La madre, indiferente y apática, solía contemplarlos con extrañeza, con vaga perplejidad.

Era una mujer bizarra, de largas trenzas negras, y de mirada enigmática, llena de cosas misteriosas...

Silenciosa y taciturna, pasábase las horas interminables sentada bajo el alero de su rancho, mirando el río Paraguay, por donde un día lejano, inolvidable, subieron los acorazados brasileños, los buques de hierro tripulados por negros.

Pensaba, en medio de sus sueños brumosos, en

las horas tremendas de Curupaity, de Humaitá, de Acayuasá...

Sus recuerdos se confundían en una sola y grande tragedia, en un solo gran dolor. Evocaba el campamento de San Fernando, el terrible campamento de los suplicios; Piribebuy, donde cayó combatiendo su primogénito, el hijo de su amor, un lindo niño de doce años. Ella, Nazaria, recogió en sus brazos estremecidos el cuerpo del pequeño moribundo, acribillado a balazos de fusil: el heroico soldadito paraguayo murió en el regazo materno, por la patria y por el Mariscal, que era la Patria...

A partir de la gran batalla, Nazaria se convirtió en una mísera carne de campamento. Iba a la zaga de los ejércitos, de vivac en vivac, sin amor, sin alma, sin voluntad. Algunas veces se acordaba vagamente de un oficial argentino, muy rubio, muy bueno, que la besaba dulcemente y le decía palabras de amor y de esperanza.

No lo vió más. Un día supo que el oficial argentino había muerto. Todos morían, en aquella guerra que parecía que nunca iba a tener fin: argentinos, paraguayos, brasileños... Sus esqueletos quedaban blanqueando en las selvas, pero el Mariscal continuaba combatiendo.

La guerra terminó, porque en este mundo todo tiene su término.

Nazaria, confundida entre la caravana doliente de los que habían dejado la fe y la esperanza en los campos de batalla, en los caminos sembrados de muertos, también regresó un día. En torno suyo trotaban los pequeños. El último lo llevaba en los brazos, y el penúltimo, que apenas podía caminar, iba a horcajadas sobre la espalda dolorida.

Volvió al rancho de Villa Franca, en una caliente mañana de marzo.

¡Cómo había cambiado todo, en cinco años! Ya no se oían voces de guitarras, ni se organizaban bailes en los días santos, como antes. Las mujeres, las pocas mujeres que regresaron con Nazaria, siempre estaban llorando, o permanecían mudas, inmóviles, como idiotizadas, en la sombra de los sauces, en las puertas de los ranchos que vieron partir a sus hombres para no regresar jamás. Sus hombres, que se estaban pudriendo en los esteros, en los caminos, en los bosques...

En las noches de luna, cuando contemplaba el río y creía ver pasar los fantasmas de los acorazados enemigos, tripulados por los espectros de los negros muertos, el rostro marchito de Nazaria se contraía en un gesto de mortal amargura.

Las gentes que llegaban de los puertos del Pa-

raná la miraban con vaga curiosidad, y pasaban. Un soplo trágico emanaba de aquella figura inmóvil y pálida, mientras el río pasaba cantando bajo los sauces.

Fué una señora de Corrientes, que la conocía por haberla visto en dos o tres viajes, y sabía su nombre por uno de sus hijos, quien le preguntó un día:

—¿Por qué sus hijos son tan diferentes, Nazaria?

Nazaria, sin salir de su eterna indiferencia, con los brazos cruzados sobre las rodillas y los ojos fijos en la corriente del río, contestó en guaraní:

—Porque nacieron en la guerra, señora...

La correntina se ruborizó.

—Pobre Nazaria — murmuró, y se alejó tristemente.

Nazaria la vió alejarse, sin hacer un movimiento. Las aguas azules y fugitivas del río le hablaban de cosas remotas, brumosas.

Todos se habían muerto. La guerra se los había llevado a todos, paraguayos, argentinos, brasileños... Los guaimingüés cantaban sus cantos lúgubres sobre los esqueletos que dormían en las selvas.

¿Cómo se llamaba aquel oficial argentino?

Nazaria apartó su mirada del río, que se obscu-

recía bajo la sombra de los sauces. Buscó a sus hijos. Allá estaban, escuchando las últimas historias de los marineros del Paraná.

Después los vió irse, cansados y soñolientos. Entraron al rancho. Debían tener hambre.

Nazaria se levantó penosamente. Había que darles de comer a sus hijos... No... A los hijos de la guerra...

¿Acaso los podría querer, nunca, nunca?

PAYAGUA

La canoa, cargada de cañas de tacuara, encalló en costa baja y arenosa. Dos peones saltaron a tierra. Eran de una estancia vecina.

Apenas pisaron tierra, el llanto quejumbroso de un niño hirió sus oídos. Pusiéronse a buscar entre las plantas acuáticas que se amontonaban al pie de la barranca. Allí encontraron a un niño de pocos meses, un diminuto y horrible Moisés indio. Se lo llevaron a la estancia, tendido sobre un haz de tacuaras, una tosca y pequeña camilla, que colocaron sobre un carro abierto tirado por dos bueyes.

Allí lo dejara, las horas antes, la tribu payaguá que llegara a esa ribera del Paraguay a celebrar una de sus periódicas orgías de alcohol.

El indiecito fué enviado por la dueña de la estancia, una señora de Asunción, a la servidumbre. Era el día de San Romualdo, y se le dió ese nombre, abreviado, según la costumbre guaraní, hasta convertirlo en Romú.

Allí creció Romú, entre la indiferencia bonda-

dosa de los hombres y las mujeres, vigoroso, tranquilo, grotescamente feo. Ninguna de las mujeres que criaban quiso amamantarlo, porque decían que tenía "olor a indio", y el niño tuvo por nodriza una cabra.

Bajo, rechoncho, de cabeza abultada, con los pómulos salientes y la piel del color del tabaco, era verdadero payaguá, un descendiente puro de la raza famosa y envilecida de las selvas.

Adheríase el pequeño a todos los grupos que iban a pescar, a cazar, a carnear o a labrar la tierra. Cuando caían las lluvias, se quedaba en los galpones o en los ranchos, y allí veía cocinar, pisar el maíz, tejer la paja y el mimbre.

Andaba desnudo siempre. Arrojaba los trapos que le ponían las mujeres, y era silencioso, taciturno, pacífico.

Romú cumplió siete años. Era ya un indiecito barrigón, fuerte como un puma, y más horrible que nunca.

Un día desapareció de la estancia. Se le llamó y se le buscó en vano durante muchos días. Después todos le olvidaron.

Tres meses más tarde, unos peones que habían ido a cortar cañas en una isla del centro del río encontraron a Romú en la costa opuesta, frente al Chaco. Estaba pescando tranquilamente. Tenía su

honda de cuero de carpincho, un cuchillito que llevara de la estancia y un aparejo de pescar. Con estas herramientas y armas, el Robinson Crusse de siete años había vivido tranquilo, procurándose su alimento, defendiéndose de las víboras, en una isla del río Paraguay, durante tres meses.

El río y el monte eran su despensa; cruzaba a nado la corriente para ir al monte en busca de huevos, frutas, miel y perdices que llevaba atados al cuello, dentro de calabazas vaciadas y secadas al sol.

Los sauces le servían de techo y atalaya; desde lo alto del ramaje veía pasar los buques blancos, las barcazas y las canoas llenas de naranjas y de cueros, y los camalotes que arrastraba la corriente.

Un pontonero que pasaba por allí periódicamente lo invitó a irse con él, río abajo, pero el pequeño payaguá rehusó el ofrecimiento. Negóse también a regresar a la estancia, donde nunca le faltó nada.

Al partir de aquélla, se apropió una piragüita que encalló en una punta de la isla; la calafateó con paja, limo y resina, y se dispuso a realizar sus incursiones a lo largo del río natal, cuya corriente le hablaba con las voces misteriosas y seculares de su raza. Al pie de los sauces tenía un pequeño cobertizo de cañas atadas con isipós, un fogón de arena endurecida, asadores de palo aguzado a cu-

chillo, y unos cuantos rústicos sombreros de paja brava.

Llegada la estación de las lluvias, aceptó el regalo de un poncho que le enviaron de la estancia, y dormía en las ramas hospitalarias de los sauces, como un pájaro de la selva.

Pasaron los meses, se sucedieron las estaciones. Y otro día, el pequeño payaguá que no había querido civilizarse, desapareció de su isla. La piragüita, quilla arriba, se balanceaba entre el juncal. Intactos, clavados en sus asadores de palo, los peones vieron un pescado asado y una perdiz fresca.

Se le buscó nuevamente, como tres años antes. Pero esta vez Romú había desaparecido para siempre. Después de una prolongada sequía y una gran bajante, las lluvias habían sido torrenciales y las crecientes extraordinarias.

Los peones se encogieron de hombros.

—Se lo habrán comido los yaguaretés, — dijo uno.

—O se habrá ahogado en la creciente, — opinó otro.

Y un tercero murmuró:

—¡Qué se va a ahogar, un indio!... Se ha ido con su tribu, allá en el fondo del Chaco. Los payaguás son así...

FLOR DE ABATI

ERA de la más pura sangre guaraní. Los Irala la recogieron cuando tenía siete años, en el pueblo indio de Yaguarón, y se la llevaron a la Asunción durante el verano, uno de esos veranos infernales del Paraguay.

Lloraba la chica con misteriosa angustia. La madre acababa de morir de una fiebre maligna, y del padre no se tenían noticias desde que la pequeña naciera.

—¡Pobrecita!...

Carmen Irala, con la huerfanita sentada en sus rodillas maternales, acariciaba los cabellos rebeldes, besaba las morenas mejillas.

La chica gemía y sus bracitos flacos se aferraban a la señora de Irala con infinita congoja, como si comprendiera que aquel amor generoso que se le brindaba era lo único que tenía en el mundo.

—¡Pobrecita!...

Alejandro Irala, contemplaba gravemente a la

huérfana, acurrucándose entre los brazos de su adorada y estéril mujer.

—Bueno, como quieras...

Y esta fué la adopción de Margarita.

Nueve años más tarde, los Irala residían en París. Tenan un departamento frente al Trocadero. Desde los balcones del departamento, veíase la silueta ciclópea de la Torre Eiffel.

—¿Y Margarita?

Carmen Irala, que era hermana de mi madre, sonrió.

—Ha progresado bastante. De Asunción, como sabes, la llevamos a Buenos Aires cuando tenía catorce años. La enviamos a uno de los mejores colegios. Aprendió pronto, inglés, francés, el piano. París no le gusta. La hemos llevado a Italia, Suiza, a España. ¡Margarita!

Una mujer de carnes morenas y triunfales, de ojos magníficos, negros y misteriosos, apareció.

—¿No te acuerdas de mí, Margarita?

Los ojos misteriosos me miraron con atención profunda.

—¡Ah... sí!...

Carmen Irala advirtió mi admiración, y frunció un poco el ceño.

—¿Te gusta Europa, Margarita?

—Mucho frío hace en este país... — dijo, con el acento pausado de los paraguayos, acercándose a la ventana. La nieve de febrero descendía melancólicamente sobre la Plaza del Trocadero.

—Mucho frío...

Carmen me arrojó una rápida mirada.

—¿Quieres tocar algo, Margarita?

La hermosa muchacha se dirigió al piano.

Sus dedos largos y morenos corrieron por el teclado, y Mozart alzó la gloria del "Adagio" en el departamento silencioso, mientras la nieve caía sobre París.

Yo miraba el rostro de la hija adoptiva, los enormes ojos adormecidos, y me aproximé a Carmen.

—Su alma está donde nació...

Carmen exhaló un leve suspiro.

—Dices la verdad... Está soñando con su aldea, aquí, en París.

—Flor de "abatí", no podrá vivir más que al borde de la selva — dije, y el semblante de mi tía se entristeció.

—¿No tiene algún pretendiente?

—Varios... Ha inspirado algunas pasiones.. Pero, tú sabes que quiero casarla como una señorita... Tiene una educación superior... Heredará nuestra fortuna... Alejandro y yo la hemos

querido y la hemos criado para eso.

Terminado el "Adagio", Margarita cerró el piano, y salió. Su hermosura tropical era realmente diabólica...

Esa noche me despedí de los Irala, después de cenar con ellos. Al subir a un "taxi", miré las ventanas del departamento, y ví a Margarita. Con el rostro pegado a los cristales, miraba caer la nieve.

Un olor de tierra calcinada, un aroma de selva en diciembre, flotaba bajo el azul del cielo. Yo llegaba del Sur, de una estancia lejana incrustada en las zonas del arroz. Me incomodaba y me inquietaba una picadura de víbora en una pierna. Con el calor y la humedad, la herida supuraba sin cesar. La pierna se me hinchaba cada vez más.

El caballo, exhausto y sediento, entraba en el pueblito. Un pueblito miserable con ranchos de barro y perros flacos.

El dolor me atormentaba.

Llegué frente a un rancho, y llamé. Unos perros dormitaban frente a la puerta.

Salió un hombre, alto, cetrino, de largos y caídos bigotes tártaros. Era tres cuartos indio. Una camisa azul, un pantalón blanco y un ancho sombrero constituían toda su vestimenta.

Le expliqué mi situación.

Perezosamente, el hombre se apoyó contra el rancho y lanzó una exclamación casi ininteligible en guaraní.

Y fué en ese instante cuando vi aparecer a Margarita Irala, con un chico en brazos y otro de la mano.

Estaba un poco marchita. Ya no era, no, la mujer magnífica de París. Vestía como las mujeres del mercado de Asunción, limpia, pero pobremente.

Me reconoció en seguida, sin turbarse.

Ayudóme a bajar del caballo, mientras el marido nos miraba con indiferencia.

—¿Qué quiere, señor? Yo me moría, allá, en Europa... Hace tanto frío en esos países. Buenos Aires y Asunción tampoco me gustaban... Y aquí estoy, en el Yaguarón, otra vez... Ese es mi marido, y estos son mis "membú"...

La flor de "abatí" había vuelto a la selva.



EL SOBREVIVIENTE

Los fulgores de un incendio se confundían en los últimos resplandores del sol poniente.

El guía y yo habíamos llegado al borde de la meseta de Villa Rica. A nuestros pies se extendían los contrafuertes pintorescos de las altas sierras llamadas en la comarca "La Cordillera".

Los naranjales, cubiertos de azahares, exhalaban su perfume penetrante, que la brisa de la tarde llevaba hasta las alturas.

—¿Qué es aquello? — pregunté, señalando la hoguera.

—Un antiguo rancho que se ha quemado. Peligraba siempre esa casa — contestó el guía, absorto, meditabundo.

—¿Por qué?

—Era una tapera. Allí los caminantes pernoctaban o se amparaban del calor o de la lluvia, y al irse se olvidaban de apagar el fuego encendido ba-

jo el cobertizo, al lado del mojinete.

—¿Los dueños del rancho murieron en la guerra?

—No — contestó el guía. Y con movimiento nervioso removió la arena con los pies delcalzos.

—¿Qué se hicieron? — insistí, ofreciéndole un cigarro.

—Uno está preso; el muchacho se volvió loco; la madre murió.

El sol se había puesto y las aves volaban hacia su refugio lanzando largas notas quejumbrosas. En la penumbra gris del crepúsculo se veía con claridad la roja hoguera del rancho incendiado.

Me senté sobre una piedra y le dije:

—Cuéntame eso. Tenemos tiempo; es noche de luna y podremos estar en casa para la hora de la cena.

El guía se sentó en el suelo, a alguna distancia de mí, y habló:

—En ese rancho, yo tenía un amigo; el año 67 fuimos reclutados juntos y salimos de allá para ir al campamento de Cerro León. Ya éramos hombres; teníamos 17 años. El, mi amigo, murió en Itororó. Yo quedé por muerto en el campo de batalla; una bala me llevó media mano y un bayonetazo me pasó por el cuerpo, debajo del brazo. Los que podían andar, tuvieron que ir a pelear en Avaí, si mal no recuerdo.

—¿Nadie le curó?

—Nadie, pero sané y poco a poco llegué hasta Barrero Grande; allí peleamos otra vez y después cruzamos el arroyo Piribebuy. ¡Eramos pocos contra tantos enemigos! Los inválidos apenas podíamos manejar bien las armas; los muchachitos de diez a catorce años no habían sido fogueados por la pólvora y eran muy bisoños, los pobres... Entre ellos encontré a Nicasio, el hermanito del pobre Cipriano, muerto en Itororó.

—¿No había otros soldados?

—Sí, pero pocos... Eramos más los inválidos. Pasaron los enemigos a Piribebuy y nos rodearon. Nicasio peleó con rabia; mató a un oficial enemigo tirándole a la cabeza un fusil roto. El jefe le gritó un elogio en guaraní, y el muchacho luchó como un demonio. Cayó herido y el jefe lo hizo sacar de la línea de fuego; lo llevaron a una casa que esa misma tarde se quemó. Combatimos hasta caer sin fuerzas; yo volví a quedar por muerto en aquel infierno.

El guía guardó silencio; volvían a su imaginación las trágicas visiones de las escenas que evocaba. Había hablado lentamente, con voz monótona, en frases breves y sencillas, mirando al horizonte, sin hacer un gesto... Respeté su silencio y estuve a punto de descubrirme ante aquel héroe.

La luna había salido y su luz plateaba los hilos de agua que bajaban serpenteando por las vertienentes y se reunían en el llano. Los árboles proyectaban sobre la arena blanquecina sus azuladas sombras inmóviles. Reinaba un gran silencio, un silencio de muerte.

—¿Cómo te llamas, amigo? — pregunté.

El veterano juvenil clavó en mís sus grandes ojos obscuros y trágicos.

—Hernando Cárdenas, para servir a usted.

Pronunciaba la "h" aspirada, como los viejos guaraníes.

Este nombre me traía reminiscencias de las viejas crónicas coloniales.

—¿Y después de Piribebuy, Cárdenas?...

—Perdí el conocimiento por causa de tanta sangre que brotaba de las heridas. El fresco de la noche de agosto me despertó y me arrastré hasta una arboleda para apartarme de los cadáveres y de los fuegos del vivac de los enemigos. ¡Qué sed y qué debilidad sentía! ¡Qué cansancio! Me volví a dormir, o me desmayé. Me desperté oyendo un ruido entre los árboles; desde las ramas cayó a mi lado un bulto que se movía. Vi una cabeza y pregunté con ira: "¿Abá añá picón dé?" (¿quién diablos eres tú). "Soy Nicasio" — dijo a media voz. — "Yo soy Hernán — le dije. — "¿Estás mal heri-

do?". Sin decir nada, el muchacho recostó la cabeza contra mí y se quedó dormido. Al alba nos pusimos en camino, ayudándonos uno a otro. Estábamos heridos, manchados de sangre y tierra, con la ropa en jirones, con hambre y sed. Nicasio me pidió que yo lo bañara en un arroyo; la pobre criatura parecía un esqueleto; una bala le había bandeado un muslo, sin tocar el hueso. Anduvimos errando por los montes y por las serranías. Nuestras heridas se curaron y pasaba el tiempo sin encontrar lo que buscábamos: alguna partida de soldados que nos reincorporaran al ejército. A veces corríamos atraídos por lejanos disparos de fusil y de cañón. Eran tiroteos aislados de gente que no parecía dar batalla y que seguía adelante. Por fin, fuimos a dar en poblado.

El guía guardó silencio y yo tosí para recordarle que esperaba el fin de su narración.

Volvió a hablar con cadenciosa lentitud, con un dejo de melancolía.

—Supimos que el Mariscal estaba muerto y que la guerra estaba terminada; entonces nos vinimos a nuestras casas. Nicasio estaba loco; se enfurecía al ver fuego o sangre. La madre se desesperó al verlo; con ella estaba su hijo mayor, que había caído en Lomas Valentinas. Le faltaba un ojo y rengueaba mucho, casi no se podía tener en pie. Un

día mató a un "cambá" que estaba mintiendo en la pulpería de la estación del tren y cuando lo llevaron preso a la capital, la madre se murió. El rancho quedó abandonado.

—¿Y Nicasio?

—Ese señor inglés de Villa Rica dice que se curará; es médico, y lo tiene en su casa cuando él quiere quedarse. Si se va al monte, yo lo vigilo y le llevo de comer.

En ese instante, oímos una voz extraña que cantaba:

"Campamento Cerro León
Media trompa tenondé".

Después, la misma voz imitaba el silbido de las balas, el estallido de las bombas, y el toque del clarín.

—¡Es él!... Está agitado porque ha visto el incendio — dijo el guía, y bajó por la ladera; yo lo seguí y vi saltar sobre una roca a un muchacho de aspecto montaraz, alto, moreno, de cabellos largos, casi desnudo.

A la luz de la luna, sus grandes ojos febriles brillaban con la expresión terrible de la demencia.

Huyó saltando sobre las piedras como una cabra salvaje, y desapareció, como un espectro, el espectro alucinado de un héroe...

AGUARA-PYTA

ERA un mocetón de elevada estatura, flaco, de ojos verdosos y una espesa y rojiza cabellera. Una nariz ganchuda avanzaba sobre su rostro muy pálido. Feo era el mozo, pero ágil y robustísimo, a pesar de su flacura y su palidez.

Huraño, silencioso, como todos los que vivieron en medio de la naturaleza, fué un soldado de coraje y decisión; el hijo de los "caá-guí" combatió sin derramar sangre, y nunca tuvo miedo de morir.

Su nombre era Andrés, pero ni él mismo lo recordaba. Llamábanle "Aguará-Pytá", Zorro Colorado, y el Zorro fué uno de los héroes humildes del Mariscal López en las jornadas de la epopeya nacional.

Ahora el mariscal estaba muerto, y los "cambá" no se encontraban más en el Paraguay. Aguará-Pytá pensaba siempre que se hallaba en el infierno...

El se volvía a sus selvas tropicales, familiares

e inolvidables, después de la agonía y de la derrota. Huía de las poblaciones, de los bailes, de las fiestas de los santos, y sólo se acercaba a las aldeas cuando llegaban a ellas los músicos.

¡Los músicos!!

Muchos eran los obscuros rapsodas que recorrían los pueblos y los villorrios, cantando los romances doloridos de la epopeya al son de sus toscas arpas y de sus viejas guitarras. Eran los trovadores andrajosos y errantes del Paraguay, que cantaban, ante el silencio lloroso de los sobrevivientes, las pasadas glorias, los días de victoria y esperanza, las jornadas de Mayo, Boquerón, Curupaity...

Sentado en el suelo, abrazando sus flacas rodillas, el sombrero echado sobre la nuca, Aguará-Pytá escuchaba, extático, abierta la boca, los ojos perdidos en el cielo...

Parecíase a Longbow, el compañero de Robin Hood; conocía palmo a palmo los bosques del noroeste, entendía el idioma de sus rumores, adivinaba sus peligros, comprendía sus voces misteriosas y profundas.

A él también lo conocían las alimañas de la selva, desde el tigre hasta la víbora, y él, Aguará-Pytá, imitaba sus rugidos, sus silbidos, en las noches y los crepúsculos del trópico.

Su figura desgarbada era familiar en los ranchos; las mujeres le sonreían, los hombres le daban cigarros.

Un veterano sin brazos, agriado por los sufrimientos, le gritó un día en la puerta de un rancho:

—¡*Pyraguá!* (espía).

Parpadeó y se volvió lívido ante la injuria sangrienta. Perdonó. Pensó en los últimos combates, en las escaramuzas de la agonía...

Y murmuró:

—Yo he sido un soldado, como tú...

Esa noche llegó apesadumbrado a la aldea. Su madre estaba agonizando, y quería verlo antes de morir.

Acurrucado sobre un rústico sillón de vaqueta, escuchaba la voz temblorosa de la moribunda, mirando por la puerta abierta hacia el campo bañado en luna; revivían en su memoria las visiones heroicas y terribles; veíase a sí mismo guiando uno de los últimos regimientos del Mariscal, en medio de las tinieblas, en la orilla de la selva; los carayás rezongaban, temerosos, entre las ramas; avanzaban por un sendero que abrieran los ciervos y los zorros para beber en el arroyo. De cuando en

cuando, el grito estridente de un ñacurutú — la señal convenida con el oficial de mando — se escapaba de su garganta. Instantes después la avanzada brasileña caía en poder del regimiento.

Antes del alba recibió orden de apoderarse de un cambá que estaba apostado en el borde de la selva. Partió sin más arma que un cuchillo de monte, un rollo de cuerda y un puñado de cera virgen; se perdió entre el follaje tupido de un ingá. Vió pasar la última ronda desde el árbol. La luna, una luna pálida de amanecer, brillaba por instantes entre los desgarrones de las nubes. Se dejó deslizar del ingá. Parecía un espectro en la penumbra de la selva. El centinela enemigo, inmóvil y negro, se alzaba a pocos pasos.

Cayó sobre él el paraguayo como un puma, lo amordazó con la cera antes que el negro pudiera lanzar un grito, lo amarró en pocos segundos, se lo echó al hombro como un poste...

—Aquí está...

Dejó caer al infeliz soldado a los pies del oficial, que velaba, fumando, en un claro del bosque, mientras la tropa dormía.

Después, la escena cambiaba.

El viento que soplaba del lado del Brasil, un viento caliente como si soplara del infierno, enfurecía a las gentes, levantaba torbellinos de un pol-

vo viscoso, resecaba los follajes, arrancaba extraños rumores a los cañaverales, estremecía los árboles.

Cegados por el polvo y el sol, azotados por el viento infernal, los enemigos avanzaban en descubierta.

Aguará-Pytá recibiera orden de seguir a los brasileños. Pero, en aquel valle arenoso no había dónde ocultarse... Meditaba, perplejo. Y fué entonces cuando en la mente del pobre paraguayo surgió la misma idea que inspiró al enemigo de Macbeth, a Malcolm, la selva de Birnam...

Rompió ramas frondosas, del tamaño de arbustos; arrojólas al valle, donde danzaron bajo el aletazo del viento. Siguió arrojando ramas rotas. Finalmente, Aguará-Pytá empezó a avanzar entre los arbustos danzantes, que no preocupaban ya a los brasileños.

Siguiéndolos siempre, llegaron a un arroyo, lo vadearon, se internaron en un monte de palmeras.

El arbusto en marcha, es decir, Aguará-Pytá, se había detenido al borde del arroyo, al pie de un urunday gigante. La rama fué abandonada al viento; Aguará trepó al urunday, desde allí observó: vió que la tropa negra acampaba cerca: el ejército de los cambá, los enemigos de la patria y del Mariscal...

Calculó el número de regimientos, la distancia, las baterías, mientras el viento rugía entre las ramas del árbol gigante... Y perdiéndose rápidamente fué a ver a su capitán.

Al alba siguiente, los paraguayos ganaron la batalla.

Aguará-Pytá seguía inmóvil, estrechando entre las suyas la mano de la moribunda, que parecía dormir. Pensó que estuviera muerta, pero la madre respiraba todavía.

Quedó adormecido. Las visiones continuaban sucediéndose en su sueño: el paso de Zanja-Hun, con el agua negra y torrentosa que llegaba hasta el pecho, resbalando en el légamos del río, entre las fangosas y sangrientas barrancas, ayudando a los compañeros que flaqueaban; el otro río angosto y profundo, con traidores y hambrientos remansos, sobre el cual, en dos horas, capitanes, cabos y reclutas levantaron el Puente Galón...

Todo lo volvía a vivir, el silencio trágico de las selvas, el delirio de los heridos, la angustia de las marchas sin agua y sin carne. Soñaba que un día, dos meses antes de Cerro-Corá, se cayeron los últimos jirones de su blusa de bayeta. Aguará tuvo que colgarse al cuello, con un alambre, sus tres

condecoraciones, tres medallas de cobre...

Hacía años que los telares del Paraguay estaban abandonados, y los últimos soldados marchaban y combatían desnudos bajo el cielo.

Volvió a ver en sueños la irrupción de los soldados negros en la picada del bosque que reflejaba sus árboles lúgubres sobre las aguas del Aquidabán, la sorpresa, la matanza, la persecución, el desbande final, porque el Mariscal estaba muerto.

El no cayó prisionero. Huyó, internándose en los yerbales sin límites, llenos de rumores y de sombras. Desde allí, paso a paso, emprendió el regreso a la aldea natal, perdida entre las selvas del Ibitimí.

Despuntaba la aurora cuando Aguará-Pytá despertó. Entre las suyas, sudorosas y febriles, la mano de su madre estaba fría.

Y fué entonces cuando el pobre paraguayo, el humilde soldado del Mariscal López, lloró por vez primera.

EL ENEMIGO

NUNCA había estado en la Asunción, aquel hombre flaco y moreno, en cuyas pupilas guaraníes ardía una llama misteriosa.

Nació en las riberas del Yaghüí, allá por la tierra de los esteros sin término y de los naranjales como selvas. Desde los días remotos de su infancia, cantaban en su corazón las voces de los esteros, el silbar de las víboras, el murmullo del agua, el chapoteo de los carpinchos, el bostezo de los yaguaretés, bajo el inmenso cielo azul.

No supo jamás quién fué su padre. La madre murió cuando el paraguayito aprendía a arrastrarse en la ribera, a zambullirse en el Yaghüí, y a alimentarse de naranjas agrias.

A los veinte años, el jefe político del pueblito se lo llevó de asistente. Bernardo Osorio, pues tal era su nombre, vivió cinco años de felicidad junto al amo, un viejo bondadoso e indolente con el cual tenía un vago parecido...

Hacía tres años que la guerra ensangrentaba el suelo del Paraguay. Hasta el pueblito del Yaghüí las noticias de la epopeya llegaban muy de tarde en tarde: el Mariscal continuaba combatiendo, ganando victorias para la patria invadida, defendiendo palmo a palmo el suelo nacional.

Hasta que un día llegaron unos oficiales de Solano de López. Eran tres hombres jóvenes, con blusas rojas y largas espadas al cinto. Uno de ellos tenía la cara desfigurada por una herida horrible que supuraba sin cesar. Pero el héroe parecía no atribuirle importancia.

Llegaban al pueblo en busca de solados. El Mariscal necesitaba más hombres, más paraguayos, para proseguir la epopeya.

Bernardo Osorio, que estaba cebando mate, oyó el breve diálogo entre el jefe político y el oficial de la cara destrozada, y un viento de fuego, como el que barría los esteros en diciembre, pasó por su humilde e ignorante corazón.

¡La patria!

Para él, la patria, el Paraguay, era aquel río en cuyas riberas había nacido; aquellos naranjales inmensos, aquellos esteros ilimitados, con sus voces misteriosas y profundas; aquel cielo azul que se llenaba de estrellas cuando caía la noche y las guitarras lloraban en los ranchos...

—"Ohú, en enemigo",—oyó decir al oficial de la cara sangrienta, y dejando caer el mate, quedó absorto. Pensó que "el enemigo" llegaría hasta las riberas del Yaghüí, mataría a las mujeres y a los hombres, incendiaría los ranchos. Y el paraguayito tembló en un anhelo heroico.

—Yo quiero irme con ellos...

El jefe político lo miró profundamente, su barba blanquecina se estremeció ligeramente.

—Pueden llevárselo—dijo en guaraní, y el oficial herido sonrió fríamente.

—"Yahá catú" vamos, pues...

Y Bernardo Osorio se fué a la guerra.

Dos años más tarde estaba de regreso en el pueblo. El jefe político y algunas mujeres le interrogaron, pero Bernardo Osorio, con los ojos llameantes, los miraba en silencio, sin contestar.

Desde entonces, le llamaron "el sordo de Curupaity". Porque el pobre no oía nada, ni las preguntas de las gentes, ni las voces de los esteros, ni el gemido de las guitarras en las noches estrelladas del Yaghüí. Durante mucho tiempo, los chicos del pueblo le gritaban, abriendo la boca, para que comprendiera las palabras que no podía oir:

—"Ohú, los cambá!" (Vienen, los negros).

Y el hombre que no oía, con los oídos muertos por el estampido de los cañones de Curupaity, se entregaba a una pantomima trágica, describía el asalto, el cañoneo, los entreveros a sable, las cargas de lanza. El sudor chorreaba de sus sienes, todo su cuerpo se agitaba con frenesí, hasta que caía extenuado al pie de una palmera.

Así transcurrieron diez años. Nadie se entretenía ya en exasperar al soldadito de Curupaity, que siempre, como antes, se iba a la ribera del río natal, cuyas voces ya no habría de escuchar jamás, y se hundía en sus pensamientos misteriosos y terribles, sólo con el silencio y el recuerdo.

El jefe político, que casi no había vuelto a despegar los labios desde el año de Cerro-Corá, por espacio de dos lustros, murió al llegar una primavera.

Bernardo Osorio miró el cadáver de su protector con indiferencia, y luego se volvió a contemplar las aguas del Yaghüí, que corrían bajo la verde sombra de los naranjales, pero que hacía más de diez años no le decían nada, como antes de la guerra.

Quedó solo. Un estanciero se lo llevó a la Asunción, al final de la primavera, compadecido de aquella alma trágica y solitaria que divagaba como un espectro bajo las palmeras.

Bernardo Osorio llegó a la casa del estanciero sin salir de su indiferencia. Pasábase los días acurrucado en el gran patio de la casona colonial de la calle Estrella, hablando solo, en voz baja.

Una mañana caliente y asoleada, el estanciero le hizo señas que los acompañara a salir a la calle. Dócilmente, el sordo de Curupaity obedeció. Echaron a andar, bajo el sol que subía por las praderas azules del cielo. Del Chaco, del otro lado del río, llegaba un murmullo de selvas.

De pronto, el estanciero, que marchaba unos pasos delante de su criado, oyó un grito salvaje. Se volvió, con súbita inquietud, y vió que el sordo se arrojaba sobre un soldado negro vestido de blanco y de verde que armado de un fusil, se paseaba frente a la legación del Brasil.

—"¡Ohú, los cambá!"

El grito trágico, salvaje, resonó en la calle asoleada. Bernardo Osorio se había apoderado del fusil del centinela y trataba de herirlo con furia.

Entre el estanciero y varios transeuntes lo sujetaron. El sordo de Curupaity temblaba con ira frenética.

—"¡Ohú, el enemigo!"

Un caballero alto, de grave semblante, apareció en la puerta de la legación.

—¿Qué sucede?

El estanciero se acercó al caballero.

—Yo le explicaré, señor ministro.

Allí, bajo el sol ardiente, narró el drama del pobre héroe sin oídos.

—Es un pobre muchacho, señor. Quedó sordo en el asalto de Curupaity, y algo demente. Ha estado diez años solo con su locura y sus recuerdos; no sabe leer ni escribir... Salió de su pueblo para ir a la batalla, y volvió así. Cree que la guerra continúa, y al ver a su centinela, sólo vió al enemigo de hace diez años... Le pido mil perdones, señor ministro.

El caballero se aproximó a Bernardo Osorio, que había quedado tranquilo, pero cuyos ojos llameaban todavía.

—Irmao... — murmuró, y al estrechar la mano convulsa del sordo de Curupaity, su rostro grave palideció levamente, y un estremecimiento agitó sus párpados...

LA VOZ

En el silencio caliente de la siesta, la voz honda, quejumbrosa, melancólica, subía en cadencias musicales, poblaba la calleja polvorienta y reseca del pueblito, se perdía con vibraciones prolongadas.

Eran siempre coplas guaraníes de dolor y de pasión. Algunas eran muy antiguas, ya se cantaban en los pueblos remotos del Paraguay en los sombríos tiempos del doctor Francia; otros evocaban las noches de los campamenos de Solano López, el fusilamiento de Pancha Garmendia, el suplicio de Lomas Valentinas, la gloria de Curupaity...

La voz del cantor invisible improvisaba otras, ardientes de pasión, nostálgicas de amor, mientras el sol requemaba los montes y los lagartos blancos corrían por el arroyo, y un misterioso guaimingüé respondía desde las profundidades de la selva con su acento sollozante. La guerra sólo había dejado mujeres en el pueblo, un pueblo medio indio que humedecían las aguas claras del Aquida-

bán, unas mujeres flacas y tristes, casi enloquecidas por el dolor y el espanto de aquellos cinco años de heroísmo y de agonía, que habían devorado a casi todos los hombres del Paraguay.

Fué un forastero de Asunción, un hombre grave y pensativo, quien preguntó un día por el hombre invisible que cantaba en la tristeza del pueblo.

Desde su llegada, el forastero le oyó cantar. Escuchaba la voz musical y misteriosa en las frescas mañanas, cuando las mujeres iban al río; oíala en las tardes interminables y ardorosas, mientras el sol del trópico doraba los sepulcros de los héroes y secaba las lágrimas sangrientas del Paraguay, vibraba bajo el resplandor alucinante de las lunas de febrero...

—¿Quién es?

La primera vez formuló esta pregunta a una mujer morena, de ojos ardientes, de rasgados ojos guaraníes.

La mujer clavó en el forastero sus ojos de fuego, casi dementes, y no respondió.

Un viento caliente trajo unas nubes negras del lado del Brasil. Llovió copiosamente durante dos días y dos noches. El forastero oía el estruendo del diluvio tropical, y pensaba en la voz misteriosa.

—¿Quién es el cantor? — volvió a preguntar,

en el rancho donde aguardaba que pasara la tormenta.

Tres o cuatro mujeres flacas, de pupilas ardientes y misteriosas, le contemplaron en silencio.

—Es uno que estuvo en la guerra, "che caraí" — contestó una muchacha vestida de andrajos, de cabellera desgreñada y renegrida.

—Uno que estuvo en la guerra...

Mecido por el rumor de la lluvia, que lloraba ahora monótonamente sobre el pueblo, el forastero pensó en la guerra que acababa de terminar, en los millares de esqueletos que blanqueaban en las selvas, en las cruces que poblaban el borde de los caminos, en la derrota, en la gloria, en la agonía. Porque el forastero también era paraguayo...

Tres días más tarde el cielo era otra vez azul. El sol empezó a secar la tierra, las calles, los bosques. El Aquidabán volvió a su cauce.

Y el forastero volvió a oir la voz que cantaba todo el dolor y la gloria del Paraguay...

—¿Lo puedo ver? Deseo hablar con él...

Las pobres mujeres harapientas y febriles movieron la cabeza con súbita energía.

—"Hahaniri, che caraí"... No, señor, no, no...

—¿Vive solo? — indagó el forastero, intrigado.

—Solo con su guitarra... Y con sus cantos, señor...

Durante otras dos semanas, el hombre, que debía regresar a Asunción, intentó inútilmente ver al cantor misterioso. Pero las mujeres se oponían enérgicamente a dejarlo acercarse al rancho rodeado de acacias donde vivía, cantando, invisible, el sobreviviente.

—El no quiere que lo vea nadie, señor... — explicaban en dulce y quejumbroso guaraní, pero firmes y resueltas.

—"Antes de irme lo veré," se dijo el forastero.

Una tarde, la víspera de su partida, llamó a una vieja que le hacía la comida. Le ofreció una onza de oro.

Los ojos de la vieja — que tenía cerca de cien años — relampaguearon.

—"Heé, che caraí"... Sí, mi señor.

Tomando la diestra del hombre entre sus garras, lo condujo hasta el borde del pueblo. Ambos iban tropezando con perros famélicos, espectrales, que ya no tenían fuerzas para morder.

—Vení, "che caraí"...

La centenaria miraba medrosamente a su espalda. Pero las mujeres estaban en el río, y no tenían más testigos que los perros famélicos.

—Por aquí, mi señor... Vení...

Se encontraron frente a un rancho trágico, un montón de barro seco que rodeaban acacias y sau-

ces. Dieron vuelta al rancho, y de pronto se oyó la voz que cantaba. El forastero escuchó, pálido, inmóvil. Era el romance de la agonía de Pancha Garmendia, melancólico y sollozante:

Una mañana de abril...

Sin hacer ruido, el forastero se acercó. Al pie de un sauce vió una figura monstruosa, inmóvil, un tronco humano, sin piernas. Del bulto informe salían dos brazos retorcidos que abrazaban una guitarra. Dos ojos dementes ardían en el rostro moreno del monstruo, y su voz, clara, musical, quejumbrosa, subía hacia el cielo azul:

Entonces Pancha Garmendia
volvió los ojos al cielo...

Una muchacha de unos veinticinco años se acurrucaba junto al monstruo, lo envolvía en una mirada de pasión. Era bellísima, una Ruth india de ojos rasgados, llenos de fuego.

—¿Ese es? — balbuceó el hombre.

—Era sargento — explicó la vieja, — después de Cerro Corá lo encontramos con las piernas gangrenadas, en un estero... El mismo se las cortó, y eso que tenía las manos como podrás ver, mi señor, por los bayonetazos.

—¿Y la muchacha?

—Es su mujer... Está enamorada de él... Lo cuida siempre... Nunca se aparta de su lado...

Estaba enamorada de él, de aquel monstruo sin forma humana, aquella Ruth de veinticinco años.

—¿De él o de la voz que canta? — dijo el forastero, como hablando consigo mismo.

La centenaria se encogió de hombros.

—Yo no sé, "ché caraí"...

Muy pálido, estremecido, el forastero se volvió.

—Vámonos...

Se alejó entre los sauces y las acacias, entre los perros flacos.

La vieja lo siguió, cojeando penosamente.

Allá, a la distancia, la voz del monstruo repetía, al son lloroso de la guitarra, el estribillo del romance de sangre:

Entonces Pancha Garmendia
Volvió los ojos al cielo...



LA CASA

La casa databa del tiempo en que don Carlos Antonio López, primer presidente del Paraguay, dispusiera que cada jefe de familia fuese propietario de una casa y de un sembrado.

Manos anónimas la levantaron con amor, en un tiempo distante, para cobijar un idilio desvanecido. Primitiva y simple, alcazaba su techumbre de tejas, sus aleros que sostenían vigorosos horcones de madera india, bajo el caliente cielo, y sus puertas eran de cedro.

Enclavada en una ladera, miraba hacia el poniente, fuera del alcance de un arroyo torrentoso que desbordaba cuando llegaban las lluvias del equinoccio. Más arriba, en la cuesta, crecían enormes y frondosos árboles, que la primavera florecía y desnudaba el otoño.

Desde el camino, blanca y risueña, la casa parecía envuelta en una alegría de novia, y el viento cantaba entre los árboles cercanos madrigales guaraníes, mientras los rosales y los jazmines acerca-

ban sus guirnaldas hasta los bordes mismos del alero.

Cantaron guitarras, resonaron besos de amor y vibraron risas de mujer en la intimidad de la casa, hasta que un día la pobló un balbuceo infantil, gritos de niños que ahogaban el zumbar de las ruecas y el chirriar de los trapiches.

El chipá, el rubio pan guaraní, amarilleó en el horno primitivo; el aroma familiar del mosto casero se mezcló con el de las naranjas agrias, y la carne roja de los arazás sangró en las mañanas ardientes de sol.

En la sombra tibia del corredor se festejaron los fastos cristianos: el día del Niño Dios, de San Blas, de San Juan, de la Asunción...

Largos transcurrieron los años. La casa creció. Agregáronle un rancho de adobe con rústicos horcones y techo de capí-í.

La corriente serena de la existencia pasó por la casa, como las aguas apacibles de un río sobre la arena. La casa ya no parecía una novia venturosa y juvenil: era más bien una matrona arrogante y hospitalaria.

Hasta que llegaron los días aciagos. El clarín resonó en el fondo de la selva.

La guerra...

El padre y los hijos partieron a los campamen-

tos del mariscal López. Nunca volvieron... La casa no los vió más...

El arado y los trapiches quedaron abandonados. La herrumbre carcomió la reja otrora reluciente, y las lluvias agrietaron las maderas laboriosas.

Las guitarras enmudecieron y la rueca dejó de zumbar. Las tropas, a su paso, dejaron vacío el corral. La derrota impuso el éxodo, y la casa quedó sola, hundida en el silencio de la muerte y del olvido; se marchitaron los jazmineros y los rosales, y hasta el viento de la selva dejó de cantar los madrigales guaraníes sobre las tejas rotas de la casa.

Los dioses lares la abandonaron.

En vano la brisa aromada de arazá llamaba a sus puertas; en vano los rayos de la luna y del sol trataron de penetrar por las rendijas de los muros...

La casa estaba desolada y triste como un corazón cerrado a la esperanza.

Tan sólo el gallo solariego, altivo y petulante, seguía lanzando sus clarinadas estridentes sobre el caballete del tejado. Un día, él también desapareció en las profundidades del monte.

La casa parecía una viuda, inconsolable y solitaria, en su tristeza inmóvil, en su silencio melancólico. Arrastráronse cautelosamente las zarzas has-

ta el corredor y lo llenaron de abrojos; aparecieron bajo el alero los primeros usufructuarios de las ruinas, los buhos y los murciélagos.

Hormigas, lagartijas y roedores se escurrieron por debajo de las puertas, y durante una tormenta de noviembre, la casa toda se estremeció; crujieron las vigas y al soplo del viento huracanado, una puerta se abrió violentamente. Con el viento entró la lluvia, que humedeció los porosos ladrillos polvorientos, entre cuyas junturas floreció una vegetación pálida y viscosa.

La Naturaleza empezó a atormentar la casa indefensa y abandonada; manchó sus paredes, blancas antaño, y acabó de rajar las tejas, pudriendo las palmas de la techumbre.

Y allí, donde en los años de la paz y de la juventud, amaron y soñaron los muertos, se instalaron los reptiles, las aves lúgubres, las alimañas de la selva. Una centella acabó de rajar las tejas sobrevivientes, y las habitaciones donde se mecieron las cunas se convirtieron en turbias lagunas verdosas.

El "sobrado" de cañas continuaba balanceándose al soplo caliente del viento norte con un crujido que parecía un lamento. Un día entró una víbora, y al oir aquel rumor, miró hacia arriba, desenrollando sus anillos amarillos y negros, y huyó hacia el monte.

En las noches cálidas del verano, las pupilas errantes de las luciérnagas temblaban como fuegos fatuos en las piezas, y durante un invierno, los vientos del Sur, helados y tenaces, golpearon la casa con furor; arrebataron las techumbres de capí-í, y dispersó los nidos que quedaban en el alero.

Una melancolía de muerte, silenciosa y tétrica, desprendíase de la casa agonizante, de la casa que iba a morir. Se volvió sombría, como una muda protesta contra el destino.

La ruina era cada vez más lúgubre, más siniestra, frente a la selva viviente y rumorosa, y la voz ronca del torrente parecía cantarle un requiem. Semejaba a la luz espectral de la luna del trópico una enorme calavera, con sus negras cuencas vacías vueltas hacia el camino por donde se habían ido para siempre las almas que cobijó un día, con sus amores y sus sueños. La casa estaba muerta.

PARAGUAYA

CERCA de Villeta, a lo largo de la costa, se levantaban los dorados montículos de naranjas a los rayos del sol de la mañana.

Una doble fila de mujeres ágiles y risueñas transportaban en cestas la fruta, hasta el vapor anclado al lado del rústico muelle, mientras los viajeros contemplaban desde el vapor la pintoresca escena, que atraía a todos los vagabundos y ociosos de la comarca.

Entre éstos veíanse inválidos que parecían escapados de la Corte de los Milagros, cubiertos de cicatrices, cojos, mancos...

Lejos de todos, a la sombra de un árbol, movíase un extraño bulto informe. Habían desembarcado algunos turistas y se oyó un nombre que pasó de boca en boca; un nombre que sintetizaba toda una época, terrible, inolvidable. Al oirlo, el bulto pareció animarse y cobrar vida repentinamente.

Arrastrándose sobre el suelo desigual se aproxi-

mó a la persona que le habían indicado, y cuyo nombre despertaba su emoción, evocaba sus recuerdos.

Aquel bulto dantesco producía verdadero espanto. A primera vista, diríase un manojo de ramas secas y retorcidas sobre el que se erguía una cabeza humana, cuyos ojos brillaban extrañamente.

Entre los andrajos advirtióse que aquello era un ser humano, sentado sobre un trozo de cuero atado con correas al mísero cuerpo. Las piernas, dobladas en ángulo agudo en las rodillas, con los pies vueltos hacia adentro, formaban dos triángulos; uno horizontal, que descansaba sobre el trozo de cuero de vaca, y el otro vertical, con la rodilla a la altura del hombro.

La cara marchita y obscura conservaba la belleza de los ojos y la de los dientes. ¡La infeliz mujer era joven todavía!

Tendió los brazos sarmentosos hacia el viajero y le preguntó:

—¿Es cierto lo que dicen, señor? ¿Usted es hijo del Mariscal?

—Sí, es cierto. ¿Y usted, quién es? ¿Por qué está así?

—¡Ah, mi señor! Yo era Jacinta Avalos, "La Alegría del Batallón"... En las marchas y en el campamento cuidaba a los heridos y a los enfermos; les llevaba agua fresca y hierbas que curan. Les

daba ánimo y les cantaba versos de Niño Talavera o bailaba "Londón Carapé", para hacerlos reir. Cuando el ejército se desbandó después del combate de Lomas Valentinas, mucha gente, para no caer prisionera, corrió a arrojarse en el Estero Ypecuá, tratando de vadearlo. Nadie se acordó de las alimañas que hay entre el barro. Mi pobre Pablo iba muy mal herido y yo lo sostenía para que pudiera andar. Cuando entramos al estero no pudo tenerse en pie y lo acosté sobre un pajonal que había a flor de agua; me senté a su lado y puse su cabeza sobre esta rodilla; levanté esta obra para protegerlo un poco del sol de Diciembre que parecía de fuego. El me tomó las manos y empezó a desvariar; hablaba de clarines y de cañonazos, gritaba a los enemigos, quería pelear... Yo lloraba sin poder calmarlo. Cayó la noche y Pablo se quedó quieto, callado, mirando las estrellas. Yo creí que se había dormido cuando obscureció del todo. ¡Ah, sí! ¡Bien dormido estaba el pobre muchacho, tan bueno y tan valiente! Había empezado a pelear desde Tuyutí y fué herido otras dos veces.

La noche fué muy larga. Desde lejos venía el ruido de los remos y de las garrochas de los que en canoas venían en socorro de los soldados. Grité muchas veces, pero no me oyeron. Las manos de Pablo se volvían frías y rígidas, y cada vez que yo me

movía parecía que querían retenerme. Llegó el alba; Pablo, muy pálido y frío, continuaba mirando al cielo.

Cuando algún animal del estero o algún pobre soldado huído movían el agua, el oleaje de barro llegaba al pajonal y movía también a mi pobre herido.

Llegó el mediodía y el Ypecuá quedó desierto. Los oficiales del mariscal habían salvado en las canoas a todos los que no murieron al vadear el estero con el agua hasta los hombros.

Allá, a lo lejos, flotaban algunos cadáveres que llevaban despacio hacia el río las corrientes de los canales del estero. Reinaba un gran silencio y el calor era terrible; el sol quemaba y a mí me atormentaba la sed, pero aquella agua barrosa me daba asco. Hubiera querido ir a buscar agua, pero no podía abandonar allí a Pablo. ¡Ya volaban los cuervos sobre el estero!

Así pasó el día, y llegó y pasó la noche. El oleaje movió el cuerpo de mi pobre muchacho y me pareció que me miraba. ¡Y no me soltaba las manos! Las suyas parecían de piedra, y las mías ardían y temblaban.

Al rayar el día me soltó. Creo que me dormí y cuando me desperté el oleaje me lo había sacado del pajonal. Ya iba lejos ¡y había un cuervo parado

sobre la frente de mi Pablo!

Quise levantarme y no pude; grité para espantar al cuervo y le tiré un palo que flotaba cerca de mí, pero ya iban muy lejos. Bajaron otros cuervos y se posaron sobre el cuerpo de Pablo. Entonces me desesperé y cerré los ojos con la esperanza de morirme de dolor.

El agua me subía ya hasta la cintura porque mi peso hundía el pajonal. Yo no supe cuándo ni quién me sacó de allí y me trajo aquí a Villeta. Nunca más pude andar.

La voz se apagó y los grandes ojos se nublaron. El viajero estrechó conmovido las pobres manos nudosas y le habló a la infeliz mujer, le ofreció unos billetes...

—¡No, no señor!—dijo ella, sonriendo tristemente. El dinero es un mal para mí. Un viajero me dió dinero una vez y unos muchachos me maltrataron para quitármelo. Yo no necesito nada porque siempre me dan ropa y comida. Vivo bajo los árboles, y cuando llueve y hace frío me acerco a algún fogón y todos me hacen sitio.

—¿Conoció usted al Mariscal?

—Sí, señor. Siempre se paseaba solo y callado y nos miraba al pasar. Una vez le habló a Pablo y lo hizo condecorar. Todavía estaba en Paso-Pucú...

Y se sucedieron los nombres como estrofas de una epopeya.

Los inválidos escuchaban anhelantes.

Sobre todos ellos había pasado una vibración de gloria ante aquella evocación.

El silbato del vapor anunció la partida y Jacinta volvió a sumirse en su trágico silencio.



LA SARGENTA

MENUDA y morena, su cuerpo frágil encerraba un corazón intrépido, un espíritu indómito. Tendría cerca de cincuenta años.

Allí estaba, en aquel villorrio solitario y lejano del norte, con sus recuerdos y con una hija adoptiva, la hija única de una hermana muerta. Todos la respetaban; muchos la temían.

Hacía largos años que la guerra terminara; aquella guerra inolvidable y terrible, cuyo dolor había de perpetuarse en el corazón de las generaciones. Su sombra aún caía sobre las selvas, los caminos y los pueblos del Paraguay; lloraba en las cruces y sangraba en las almas.

La sargenta, cuyo nombre era Trinidad Arévalo, no hablaba jamás de la guerra. Ella, ardorosa de coraje y patriotismo, había vivido las jornadas de fuego y de sangre. Fué el numen de aquellos batallones de mujeres que se alzaban sobre los cuerpos ensangrentados de los hermanos, de los padres, de

los hijos, y combatían por el suelo nacional.

Muchas veces, cuando caía la noche sobre las selvas y alguna guitarra guaraní lloraba en algún rancho, Trinidad Arévalo sentía que un gran silencio se hacía en su alma heroica y solitaria. Sus ojos negros se hundían en los cielos natales, que comenzaban a poblarse de estrellas, y todos callaban. Sabían que *la sargenta* estaba soñando con el pasado de gloria y de sangre; las batallas lejanas, los campamentos de la retirada, las hecatombes...

Pero no lloró nunca. Fuegos extraños pasaban por sus pupilas, sus manos temblaban un poco sobre sus flacas rodillas, y ella estrechaba contra su pecho estéril la cabeza de su hija adoptiva, lo único que le quedaba en el mundo...

Rosario, la sobrina, tenía veinte años. Hermosa era, con la frescura de las frutas del trópico, y cantaba como los pájaros silvestres, mientras *la sargenta* se hundía en sus sueños misteriosos... Porque el corazón solitario de la heroína se aferraba cada vez con mayor fuerza al amor de Rosario. Sólo para ella debía vivir, con sus atormentados recuerdos...

Sabía Rosario que jamás debía preguntarle nada de la guerra a su madre adoptiva. Conocía las leyendas del pasado guerrero de la viejecita morena, sus hazañas en Piribebuy y en Lomas Valentinas, su

abnegación en los hospitales de la gran marcha...

Un día despertó el corazón de Rosario.

El amor vino de las selvas, durante una primavera del trópico, y el rancho de *la sargenta* no la vió más.

Todo el pueblo palideció ante el dolor de la heroína.

Ella, la mujer intrépida, la amazona de los campos de batalla, la sargenta del Mariscal López, no lloró, porque ya no le quedaban lágrimas...

Pero todos la vieron, durante los primeros días, arrastrarse por las calles del villorrio, detenerse a la puerta de los ranchos, con la mirada perdida, canturreando los aires de los campamentos, hablando sola, mientras los pájaros cantaban en la selva próxima y las estrellas de la primavera brillaban sobre el cielo del Paraguay.

Una semana después desapareció. Se hundió, con su desventura, en lo hondo de los bosques, morena y frágil, olvidada de su gloria en medio de su dolor.

Unos vecinos salieron en su busca, mientras una noche, una noche tibia, con aromas de flores silvestres, caía sobre los montes.

Caminaron por espacio de horas. La selva surgía, espectral, bajo la nevada de luz de la luna, y una brisa suave agitaba los pañuelos atados en las cruces.

Se oyó una canción monótona, cercana; una voz que parecía venir del pasado de gloria y de sangre.

—Allí está...

La encontraron prosternada junto a una cruz de ñandubay, con los brazos sobre el pecho, el rostro moreno pegado a la cruz. No los oyó acercarse, ni los vió cuando estuvieron a su lado.

—Allí está enterrado el novio que tuvo... El que mataron en Tuyutí... — murmuró un viejo.

Y allí, junto a la cruz, convertida en una débil mujer, con el corazón sangrando de amor y de congoja, los vecinos del villorrio, impotentes y desolados, vieron morir, bajo la luna de primavera, a Trinidad Arévalo, la sargenta del Mariscal López.



LA CARRETA

TOSCA, primitiva, cubierta por las plantas parásitas, yacía la carreta perdida en una picada antigua, abierta a golpes de hacha en el corazón de la selva.

Una punta del eje roto se clavaba en la tierra, junto a la rueda desprendida. El largo pértigo labrado, caía sobre el esqueleto descarnado de uno de los bueyes de tiro.

La espesura de la selva amparó la carreta contra los estragos de la intemperie, pero la entregó indefensa, a la alimañas y a la recias ramas cho y mortal de sus tentáculos vivientes.

Escurríanse las lagartijas entre los rayos de las ruedas; las avispas suspendieron sus camuatís en un ángulo del alero, y las hormigas recorrieron el pértigo en interminables procesiones. Legiones de reptiles y de insectos rondaban en torno de la carreta, dejando las huellas de su paso en la madera muerta.

Con el correr del tiempo se disipó la curiosidad inquieta de los pequeños "carayá", que ya no se aproximaban, profiriendo agudos chillidos, a observar el vehículo tumbado.

Uno de los bueyes, mordido por una víbora, murió uncido al yugo. Su compañero, inmóvil, aplastado por trágica pesadumbre, le sintió morir, y dos días más tarde, también cerró los ojos mansos, claros, y agonizó de hambre, de sed y de tristeza. Los necróforos de la selva limpiaron sus gigantescos esqueletos.

La carreta, llena de recuerdos y de reliquias, había sido abandonada por los que marchaban hacia el Aquidaban, siguiendo al ejército en su retirada.

Sus tablas de cedro, su techo de cuero, albergaron amores e inquietudes, dolores y alegrías, en sus largas y lentas travesías por los montes y por los valles.

Llevó una vez el viático al rancho de un moribundo. Al regreso, la carreta que fué hogar errante, tálamo y cuna, trajo por entre los bosques llenos de voces y de vida, el ataúd de un pobre...

¡Qué fiesta era para los niños cada viaje por las picadas misteriosas, sumidas en la penumbra, sonora con el canto de los pájaros, el chillido de los monos y el silbar de las víboras fugitivas!

Luego, el paso de los riachos, que humedecían

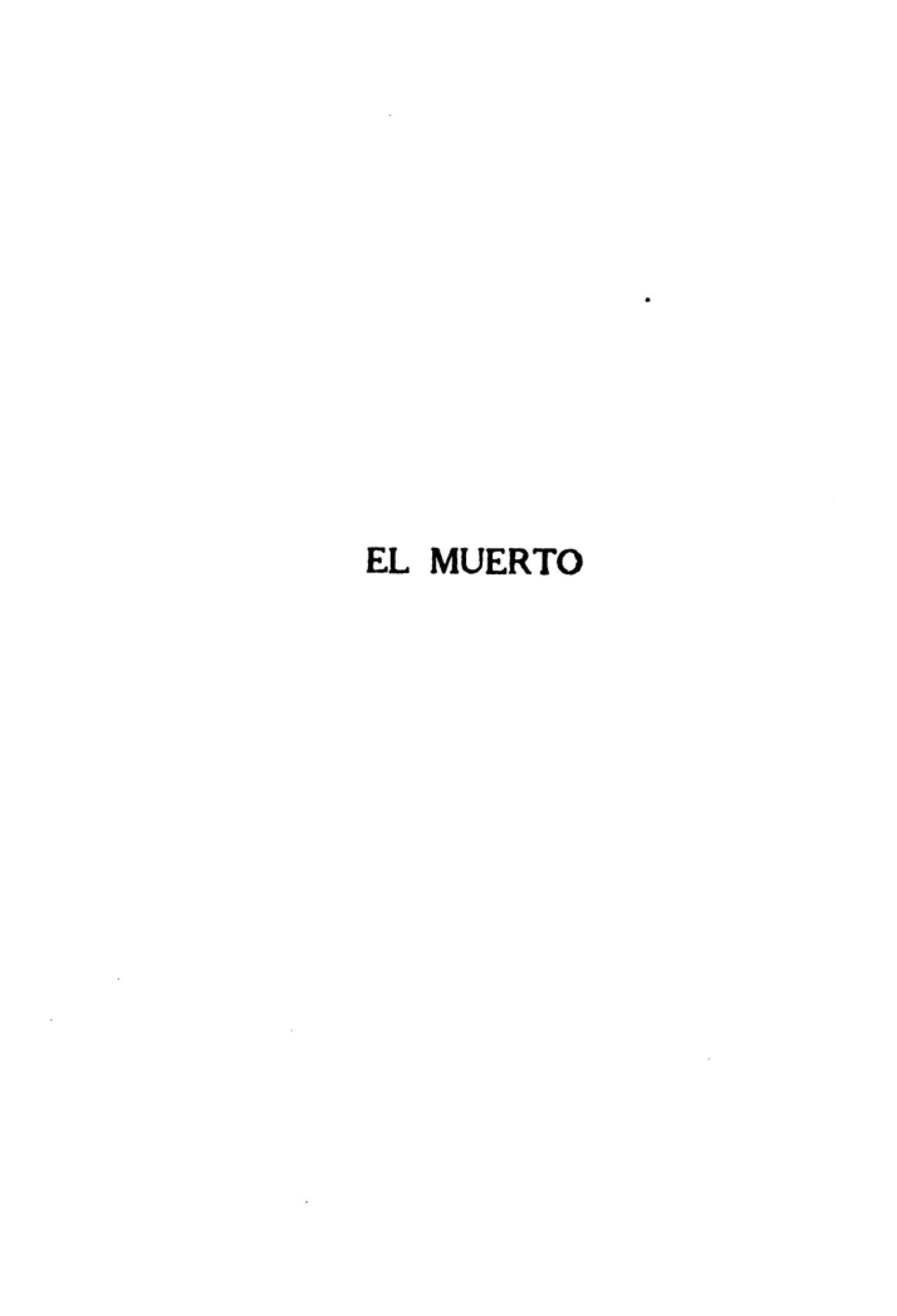
el cedro de la carreta con su agua azul.

El lamento monótono, interminable, de las enormes ruedas era un rumor familiar, una promesa de novedades, para los caseríos lejanos, para las alquerías solitarias.

Ahora estaba tumbada allí, abandonada y triste. Sólo habitaban espectros, invisibles y fugaces sombras, la carreta que anduvo por todos los caminos del Paraguay al paso lento de los bueyes, crujiendo en las picadas...

Un día la puerta carcomida cayó hecha polvo. Los ojos curiosos de los "carayá" vieron los tesoros humildes de la familia desaparecida con las últimas legiones de Solano López: el apero chapeado de plata, el cofre de trébol claveteado de bronce, la escasa vajilla de plata potosina, un puñado de monedas de oro...

Y en el fondo del cofre de trébol, entre papeles y cartas amarillas, una trenza de mujer, una trenza renegrida, reliquia de una muerta misteriosa, de un amor desvanecido en medio del horror de las batallas.



EL MUERTO

ACAMPARON los viajeros poco antes de mediodía al pie de unos árboles gigantescos, de cerrado ramaje, a poca distancia de un riacho cristalino que corría por un cauce pedregoso y profundo.

Un arroyo caudaloso que corría zigzagueando entre las pardas barrancas recibía las aguas azuladas del riacho. Allí donde se angostaba el arroyo, las ramas colosales se unían de orilla a orilla, formando bóvedas de follaje que obscurecían las aguas transparentes.

El día era radioso, el paisaje tropical, de una belleza salvaje, casi trágica; en el silencio indecible parecía palpitar el corazón de la naturaleza dormida y ardiente. No se oía el zumbido de un insecto, el rumor de una hoja. Hasta las cigarras parecían dormir.

Andaban los dos viajeros, escopeta al brazo, bajo la sombra de los árboles; seguían la ribera del riacho, y el hombre que les servía de guía, después de dar de beber a los caballos extenuados, los ató

y también bajó hasta la orilla, detrás de los forasteros, que callaban, como si el silencio impresionante les hablara con las voces misteriosas de la selva.

Un ruido seco al pie de una barranca les estremeción ligeramente. Una piedra arrojada por el guía rebotaba contra el costado de una canoa encallada en seco, incrustada de proa en diminuta península.

Inclináronse ambos. Un esqueleto humano, completo, blanquecino, movíase con ademanes lentos sobre el fondo de la embarcación. El cráneo, sin cambiar de lugar, bamboleábase con bruscos y extraños movimientos de pesadilla.

Los forasteros palidecieron, quedaron inmóviles, fijos los ojos atónitos en el esqueleto que se agitaba como una visión alucinante de la danza macabra.

Continuaron mirando; vieron salir del cráneo reluciente la cabeza chata y triangular, el cuerpo sinuoso de una víbora amarillenta. Irguióse la víbora, y permaneció un instante balanceándose horriblemente sobre los huesos. Otra piedra cayó al agua, y la víbora se deslizó rápidamente sobre el costado de la canoa, hundiéndose en el agua azulada.

Los forasteros se contemplaron; un horror extraño, indefinible, les llegaba hasta la médula.

—Hay que enterrar esos huesos, — murmuró uno de ellos. El otro silbó, y aproximóse el guía, indi-

ferente, taciturno. Escuchó en silencio la orden del extranjero, y empezó a arrojar piedras en torno de la canoa. La víbora debía estar lejos...

Entre los tres descendieron la barranca resbaladiza, arrancaron la canoa de su profunda encalladura, la arrastraron penosamente hasta la orilla.

Era una embarcación ancha y corta, perfectamente construída. Se caía en pedazos, carcomida por los soles y las lluvias de muchos años.

Cavó el guía una fosa, y los viajeros, reprimiendo el horror que estremecía sus entrañas, comenzaron a desprender los blancos huesos de la capa de tierra que los mantenía unidos. Advirtieron un rumor metálico en medio de su fúnebre tarea: algo había caído de la pobre osamenta, junto con la tierra desmenuzada. Enterraron los despojos solitarios, y luego de clavar una tosca cruz de ramas sobre la fosa, volvieron a la canoa.

Allí encontraron un fusil con bayoneta, roída por la herrumbre, unas cápsulas rotas, y cuatro medallas, tres de cobre y una de bronce, incrustadas en un alambre. Uno de los vaijeros raspó las medallas con la punta del cuchillo, y leyó:

"Venció en Corrales, 31 de Enero de 1866".

"El Mariscal López a los bravos de Tuyutí, 3 de Noviembre de 1867".

"A la decisión y bravura. Acaynasá, 16 de Julio de 1867".

¡Pobre muerto sin nombre, en cuyos huesos heroicos anidaban las víboras de la selva! Había sido uno de los héroes de la epopeya nacional, condecorado cuatro veces.

Allí dormía desde hacía cincuenta años, en el fondo de la canoa podrida, con sus condecoraciones colgadas de un alambre en su esqueleto sin sepultura, mientras los años pasaban sobre la selva y los yararás amarillentos se perpetuaban en su cráneo. Dormía, en el silencio de los bosques natales, sin cruz y sin recuerdo, el héroe de las cuatro batallas inolvidables...

Sintieron los forasteros pasos a su espalda. Se volvieron. Un viejo estaba junto a ellos, un viejo magro y ceñudo que hablaba mitad en guaraní y mitad en español.

El también miró las medallas, se hizo leer las inscripciones. A cada nombre, se estremecía, como si sintiera un soplo de gloria y de dolor.

—Habrá sido un valiente de los nuestros, muerto en su puesto, — exclamó lentamente.

Uno de los viajeros lo miró con curiosidad.

—¿Y qué hacía allí? — preguntó.

—Todos los pasos del Jejuí y de los arroyos eran defendidos para detener la invasión, y para prote-

ger los restos del ejército paraguayo desde que salió de Santaní. Ese muerto, cuando combatía por la patria, habría ido de avanzada en la canoa para ver por dónde venían los brasileños. Los defensores de los pasos morían peleando, sin abandonar sus puestos. Era la consigna del Mariscal López.

Guardó silencio. Uno de los viajeros volvió a abrir la tumba, y con manos temblorosas, en medio del silencio sin nombre, colocó las cuatro medallas en el sitio vacío donde cincuenta años antes había latido el corazón heroico del paraguayo muerto.



LOS ARBOLES SEPULCROS

MANCHAS obscuras de montes, bajo el resplandor ardiente del cielo. Murmullo incesante de legiones de insectos; de vez en cuando el rezongo estridente de un mono, el latigazo fugitivo de una víbora. Ingás y urudays gigantes, como columnas vivas de una prodigiosa catedral construída por la naturaleza a través de las edades.

Era allá, por el norte, donde comienzan los calores ardorosos del Brasil, donde sobreviven las leyendas inolvidables.

Un paraguayo de facciones semiindígenas, escueto y cetrino como un moro, marchaba sin prisa al lado del extranjero, un argentino que ese hundía en las selvas buscando Dios sabe qué.

Del riacho cercano llegaba un hálito húmedo, refrescante. El paraguayo permanecía indiferente, en medio de aquella naturaleza en que palpitaba una vida invisible y profunda.

—¿Calor?

—No...

Encogióse de hombros el guía. Era un hombre ya entrado en años, con la mirada misteriosa de los guaraníes.

El argentino le pagaba para que lo acompañara durante el día entero por la selva, y él cumplía lo pactado sin una pregunta, sin un gesto de curiosidad.

—¿Por qué mira los árboles, usted?

El paraguayo se sacó el mascado cigarro de los labios y escupió.

—Para mirarlos, nada más...

Allá, de la frontera, de los campos abrasados de Matto Grosso, empezó a soplar el viento, un viento que decía de lluvias próximas y que pobló la selva de chasquidos inquietantes.

Siguieron andando, silenciosos. El viento arreció, y el azul esplendoroso del cielo empezó a enturbiarse cada vez más. Nubes negras y siniestras venían del Brasil. Revolaron grandes e inquietantes pájaros.

—Tormenta...

El viento sacudía ahora los enormes árboles. La catedral de la selva se poblaba de voces hondas, gemebundas, y los monos chillaban de terror.

—¡Jesús!... ¿Qué es eso?...

Un esqueleto blanquísimo había caído a los pies

del viajero. El paraguayo lo miró y volvió a encogerse de hombros.

—Por aquí, los árboles están llenos de esqueletos, señor...

Estremecióse el argentino.

—¿De esqueletos, dice?

—Sí, de osamentas de paraguayos... de hombres, de mujeres, de niños, que huían de los brasileros cuando la guerra. Se subían a los árboles, para que no los degollaran los "cambá" y para que no se los comieran los yaguaretés... Se morían allí, entre las ramas, como los monos... Hace muchos años, muchos, señor...

Pálido, fascinado, el viajero contemplaba al esqueleto que acababa de caer del urunday. Parecía el de un niño o el de una mujer. Pensó, con frío en la médula, que aquel testigo del pasado terrible lo miraba con ojos espantosos, acusadores, llenos de las visiones horriobles: los pumas, los soldados negros...

—A veces, cuando sopla el viento del Brasil, cae una osamenta... Son los difuntos de la guerra que quieren dormir en tierra santa, con una cruz encima...

La voz del paraguayo era ronca, sombría.

—La gente los entierra, por aquí...

El viajero, con un estremecimiento de terror, creyó que el esqueleto se había movido.

—Vamos a enterrar a este... este difunto...

Cavaron una fosa al pie del urunday. El viajero construyó una cruz con dos ramas secas. Los huesos se deshacían. A una de las caderas adheríase aun un fragmento pequeño de paño azul, y en un dedo de la mano izquierda veíase un anillo de plata.

—Era una mujer, señor...

Los huesos desaparecieron bajo la tierra. Arriba, los pájaros y los monos seguían chillando.

Sombrío, siniestro, el paraguayo parecía musitar una plegaria en guaraní, con el sombrero en la mano y los brazos cruzados.

—Vamos, señor...

Alejáronse del lugar. Antes de desaparecer entre los troncos gigantes, el argentino se volvió y miró por última vez la tumba de aquella muerta desconocida que cayera del árbol donde dormía desde hacía cincuenta años.

Toda la selva, como una catedral, resonaba con voces extrañas, profundas, misteriosas. Los árboles sepulcros sollozaban sordamente sobre sus cabezas...

SILVE

NACIO entre los naranjales y las colinas de Caaguazú, bajo el dulce cielo del Paraguay, y tenía la hermosura de las flores silvestres. A la sombre de un añoso urunday levantábase la casita donde vivía con la abuela, joven todavía, y con la madre y el padre, agricultor y guitarrero. Fué la suya una infancia serena, dulce y obscura, en aquel dulce rincón de la tierra nativa.

Hasta que un día la vida cambió de pronto.

Con banderas desplegadas, al son de charangas y fanfarrias, pasaban por la carretera de Caaguazú largas caravanas de reclutas que llegaban del Norte, del Sud, del Este, y se dirigían a Cerro León. Subía la paraguayita a un peñasco para verlos desaparecer entre la polvareda, en un recodo del camino, que se alargaba como una víbora bajo el caliente sol.

Transcurrido algún tiempo, dejaron de pasar los reclutas. Grupos de soldados a caballo, con bande-

rolas tricolores en las lanzas, cruzaban velozmente los montes, los caminos, las serranías, y se perdían a lo lejos. Al divisarlos, las gentes corrían a ocultarse en las profundidades de la selva.

En Caaguazú florecían siempre los naranjales, y allí, bajo el aroma sempiterno de los azahares tropicales, florecía también en las pobres almas el terror, la angustia, la inquietud...

Una mañana los lanceros se llevaron al padre de Silvé, la paraguayita de Caaguazú; enmudeció la guitarra y la espesura se cubrió de hierbas.

Desde entonces, la madre y la abuela no hicieron más que llorar y rezar. La niña sentía vagamente el soplo sangriento de la tragedia inexplicable para su alma infantil, pero nunca preguntaba nada...

Una mañana volvieron a presentarse los lanceros en el rancho, y esta vez se llevaron consigo a las dos mujeres y a la niña, que lloraba desesperadamente, como si presintiera que nunca habría de volver. El rancho quedó solitario, con su ajuar pobre, sus plantas, sus árboles, su guitarra, sus recuerdos...

Después de una peregrinación interminable, los lanceros entregaron a las mujeres y la niña a un funcionario de rostro grave y sombrío, cuya gorra galoneada de oro caía sobre unos ojos duros y centelleantes. Allí, en esa tierra desconocida, la madre

y la abuela, junto con otras pobres mujeres silenciosas y resignadas, tuvieron que arar, sembrar maíz, mandioca y arroz, regar el sembrado, cuidarlo de los pájaros, de los insectos, desde el alba hasta el anochecer, porque aquella era una de las chacras militares del Mariscal López, donde los regimientos de mujeres proveían los alimentos para los combatientes.

Silvé, atónita, vió blanquear los cabellos de la abuela, y enflaquecer y encorvarse el cuerpo gallardo de la madre en aquella tarea penosa, sin fin, pensando en los hombres que combatían y morían más allá de las selvas, y que no regresarían jamás...

Después de unas grandes lluvias, que inundaron los sembrados, la abuela, que desde hacía varios meses tosía sin cesar, murió dulcemente. La madre, aterrada ante la miseria, huyó un día con la pequeña. Se internaron en la selva, bajo la lluvia que descendía a torrentes.

Volvió el buen tiempo. El sol doró los bosques, y siguieron días felices para la flor silvestre de Caaguazú. Ingeniábase la madre en alimentar a la niña con la miel de los camoatís y los huevos de los pájaros. Cuando ambas veían ondear entre los árboles las banderolas tricolores de los lanceros, corrían aterradas a ocultarse.

No comprendía la pobre Silvé cómo aquellos reclutas que ella había visto pasar cantando por la carretera de su aldea se había convertido en aquellos soldados ceñudos, sombríos, amenazantes. Tampoco sabía que andaban por los montes buscando desertores y fugitivos.

En un alba de la selva, al despertarse, vió que la madre no se movía. El espanto sin nombre de la muerte, en la soledad inmensa, apretó su corazón. La llamó gimiendo, mientras el sol subía sobre los bosques. Durmióse, extenuada por el terror y la fatiga, y al abrir nuevamente los ojos, al contemplar el cadáver de la madre, huyó enloquecida al fondo de la selva.

Se internó en la espesura. Poco a poco, fué cayendo en un estado salvaje.

El paso de un ciervo, de un aguará, de un oso hormiguero o de un jabalí le inspiraban menos terror que los reptiles. Si salía a los senderos huía espantada al ver figuras silenciosas inmóviles, tendidas en el suelo o sentadas al pie de los árboles, apoyadas contra los troncos. Algunas tenían en los brazos rígidos un pequeño cuerpo inmóvil. Eran cadáveres de caminantes que se habían internado en la tétrica selva y allí habían quedado muertos de inanición o de fatiga. Algunos quedaron momificados, con la piel pegada en los huesos; otros,

medio devorados por las hormigas, sufrían el proceso cuyo atroz recuerdo perseguía a Silvé como una pesadilla.

¡Cuántos, cuántos niños! — pensaba Silvé, viendo los pequeños esqueletos que blanqueaban sobre los senderos.

Había orden de abandonar el terreno ante el invasor; los hogares quedaron desiertos y los montes y los caminos se llenaron de gente que marchaba a la ventura, sin esperanza.

Pasó el "año terrible" de 1868 a 1869, y comenzó el final de la tragedia, 1870, después de indecibles padecimientos.

Silvé, en estado salvaje, había crecido. Una tupida cabellera castaña que ella peinaba con los dedos le bajaba hasta las rodillas. Sus enormes ojos negros tenían la mirada hosca y desconfiada. Su cuerpo, esbelto y bien proporcionado, era de una flacura espantosa; la piel, ennegrecida y arrugada, formaba pliegues flácidos y extraños.

Andando siempre, medrosa, fosca y famélica, Silvé, ya núbil, llegó al río "Aguará-guazú", cuyos pasos cruzaban los invasores persiguiendo al ejército en retirada.

Corría a ocultarse cuando veía el centelleo de las bayonetas a los rayos del sol de fuego de los días caniculares o a la luz suave y blanca de la luna. Un día oyó el estampido de los cañones, y se

escondió entre los troncos bifurcados de un gran lapacho. Allí quedó, temblando, enloquecida de terror. De allí la sacaron unos soldados escuálidos que llevaban camisetas rojas desteñidas y desgarradas; poco después la abandonaron para correr a rechazar a una partida avanzada del ejército brasileño que marchaba en descubierta hacia las alturas de Cambá-seybá. ¡Pobres héroes! Todos murieron, y Silvé fué llevada por los brasileños, que le dieron comida y una manta con qué cubrirse.

Marchando siempre a la zaga del destacamento, se encontró un día con un grupo de mujeres que se referían entre ellas historias atroces que les arrancaban lágrimas y maldiciones. Con algunas de aquellas mujeres Silvé fué conducida en una carreta hasta la ciudad de Concepción, y desde allí, en un vapor, hasta Asunción, en cuyo muelle fué abandonada.

Silvé, azorada, recorría sin rumbo las calles llenas de soldados; frente a unas casas grandes se paseaban centinelas con el arma al hombro, que le infundían miedo. Aquella ciudad militarizada fué otra de las grandes sorpresas de su vida.

Esa noche se refugió en una casa derruida, próxima al río, infectada por los murciélagos. Silvé estaba muy cansada; se tendió en el suelo y se quedó dormida; en medio de su sueño oyó canturrear a un hombre y se despertó sobresaltada. Trató de

huir, pero fué sorprendida y obligada a quedarse. El que cantaba era un negro de expresión dulce y triste, que le hablaba en el idioma fluído y suave que oía continuamente, desde que la llevaron los soldados brasileños, los "cambá".

Días largos pasó la paraguayita con el negro compañero, que la trataba con mansa familiaridad. Al amparo de la casa ruinosa, ataviada con gayos percales y las cintas multicolores que llevaba el atezado brasileño, pasaba largas horas mirando el río. A veces se dormía, y veía en sueños las caras pálidas, lejanas y frías de la abuela y de la madre durmiendo para siempre en la soledad de los bosques.

Un día el negro no volvió. Lo esperó mucho tiempo, pero en vano.

Otro negro a quien no viera nunca presentóse en la ruinosa casa y le dijo en portugués, que ella comprendía claramente ya, que Joao Pinto, su compañero, había sido enviado al Brasil. Se le encontró robando en una tienda y se le separó del ejército. Al decir estas palabras, dejó caer en las rodillas de Silvé un mantón de seda negra.

—Ven conmigo. Yo soy sargento, "sim"... —exclamó, acercándose.

Pero ella se apartó violentamente y se perdió en las calles.

Semanas después caía en manos de un soldado correntino, de barba negra y ojos sanguinolentos, bebedor y pendenciero. Una tarde la golpeó brutalmente y ella, al huir por la calle, tropezó con un oficial muy joven, que la sostuvo para que no cayera. Era gallardo y simpático. Y fué otro amor de Silvé...

Estaba ella, la flor silvestre de Caaguazú, en todo el esplendor de su belleza tropical. Muchas, muchas mujeres como ellas, rodaban entre los soldados de la invasión, pequeñas que habían salido de la infancia en los campamentos, en los caminos sin término.

Pero Silvé era la más bella de todas. Algunas veces se la jugaban a los dados, o se la disputaban a puñaladas. Tuvo sedas y joyas. Un jefe argentino se la llevó consigo a Buenos Aires. Allí pasó unos meses, hasta que él la abandonó, y regresó como pudo a la tierra natal, lejos de la cual se sentía morir.

Y fué al llegar de nuevo a la tierra de sus padres cuando nació su hijo.

Su corazón y su alma se llenaron de júbilo. Ignoraba quién podría ser el padre de aquel inocente de negros ojillos que lloraba siempre, pero ella lo amaría con toda la pasión de su corazón solitario y dolorido.

Murió el niño, cubierto de manchas extrañas, gimiendo desesperadamente. La sangre ignorada del padre misterioso retoñaba en flores de muerte en aquellas pobres carnes tiernas y anónimas, y Silvé, la dolorosa de los campamentos, volvió a encontrarse sola, sola. Como en la Nenia del poeta, todo lo había perdido, y en su corazón no quedaba sino el dolor y la amargura.

Aquellos militares duros y altaneros que llenaban la vieja ciudad le causaban horror inmenso. El eterno rumor de las espadas y de las espuelas la estremecían.

Abandonó la ciudad, al clarear un alba, y anduvo, anduvo... La recogieron en una antigua quinta rodeada de espesos montes, casi exánime de fatiga y de hambre, y allí cayó en un extraño delirio. Las gentes de la quinta, unos viejos paraguayos, la oían hablar durante horas enteras, en guaraní, en castellano, portugués. Por el cerebro de la moribunda desfilaban las visiones de su plácida niñez, la vida solitaria en las selvas, la peregrinación por los campamentos, la casa derruída donde anidaban los murciélagos, los semblantes borrosos de sus amores desvanecidos, la agonía del inocente que había palpitado en sus entrañas...

Cuando conducían a Silvé, la flor de Caguaazú,

al cementerio de la aldea perdida entre los naranjales, las últimas tropas de ocupación, de regreso a sus países respectivos, abandonaban el Paraguay.

INDICE


Dióse fin a la impresión de este libro a XII día del mes de Agosto de MCMXXVI por los Talleres Gráficos de la Editorial Tor.